

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada quince días:	Ptas. 1,00	al mes.
25 " " " " " "	2,50	" "
50 " " " " " "	5,00	" "
100 " " " " " "	10	" "

PAGO ADELANTADO

"Este precepto os doy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado."

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCION Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Cabrales, núm. 144, principal.

A donde se dirigirán TODOS los encargos y correspondencia.

Visión de los sueños de Alvarado

Por Don Juan de Dios Z. Aniza.

Cai en un profundo sueño y comencé a soñar. Una oscuridad más negra que la de la noche más negra me envolvía. Acabó mi vida; y en aquel instante la visión se hizo clara para mí. Mi cadáver fué bendecido por el Sacerdote. Tuve la sensación de que de nuevo me hundía en la oscuridad y perdí la noción del tiempo, solamente percibí que me ponían en movimiento y oía el canto de difuntos. Pensé. ¿Y mi alma? ¿dónde está? He aquí la primera idea que empezó a angustiarme en aquel estado de semi-inconsciencia. Un frío horrible y una terrible aflicción me invadieron y perdí el conocimiento. ¿Qué tiempo estuve así hasta despertar? Lo ignoro. Pronuncié el santo nombre de Dios, y a esta invocación, todas mis angustias se conjuraron, y la oscuridad pareció clarear, viniendo a mi cerebro una lucecita que me iba alucinando. De pronto tuve la sensación de que me desdoblaba, me hacía dos. Pareció que los ojos casi muertos de mi cuerpo, veían levantarse ante sí algo que era yo mismo saliendo del sepulcro, y ascendía sin cesar, viendo que todo clareaba en torno mío y encontrando a cada momento soles cada vez más brillantes que cegaban mis ojos espirituales. Habitado ya a tanta luz, percibí en línea recta ascendiendo como yo, multitud de espíritus; unos negros, otros manchados y otros blancos y brillantes. Entonces pude ver también sombras en mis brazos y pies. Comprendí que aquel era el camino que conduce al Juez de vivos y muertos, el que nos llevaría acaso pronto a la presencia de Dios para ser ante El residenciados. Temblaba, porque ya no era hora de llorar mis pecados ni de rectificar mi conducta. ¡Oh!... mis manchas... aquellas manchas que azorado veía en todas las partes de mi alma... ya no era tiempo de borrarlas, porque muy pronto llegaríamos a la sala tremenda de la Justicia, y el Señor no podría, «acaso sin negarse a Sí», tener piedad de mis pecados. Allí íbamos todos cruzando el infinito; pero las almas blancas iban más alegres y veloces. Dejábamos debajo de nosotros miriadas de mundos y soles de diferentes colores y reflejos. Poco a poco comenzó a destacarse a nuestra vista algo que parecía una portada grandiosa, inabarcable por ojos humanos, que se hacía cada vez más visible, compuesta de un inmenso número de arcos incommensurables, afilados, abarcando todo el firmamento, y superpuestos, otros y otros, has-

ta perderse en lo infinito en interminables series; hechos de luz de colores grátisimos, parecidos a arcos iris cristalinos, semejando un cancel infinito hecho de un solo diamante calado, de sobrecegada magnificencia... ¡digna entrada de las mansiones celestiales. Y los espíritus se iban filtrando suavemente por aquellos arcos cuyas claves eran inaccesibles a ojos humanos. Los corazones espirituales latían aceleradamente pareciendo romper nuestros cristalinos pechos. Presentíamos la presencia del Hacedor. Y las palabras piedad... misericordia... perdón... millares de veces repetidas, ensordecían las regiones etereas.

Y apenas hubimos traspasado lo que yo (¡iluso de mí!) lo que yo imaginé dintel diamantino de los cielos; percibieron nuestros oídos, «como proveniente de regiones más excelsas (acaso la verdadera *Janua Caelis*, del verdadero Empireo») una suave música, melodía nunca escuchada, entre cuyas cristalinas notas de ruiseñores y tañidos de arpas, semejaban dulce susurro de fuentes y de blando viento. De tiempo en tiempo llegaban a nosotros también voces de encanto inefables, que decían gloria... gloria... Con ser todo tan excelso, tan grandioso, no estábamos aún a las puertas del Cielo; nos acercábamos, sí, no cabía duda, a la Jerusalén Celeste, porque entre las nubes que parecían espirales de blanco incienso, se veían flamear cimbradoras palmas de oro, aparecer alas blancas, azuladas, rosadas y doradas de ángeles; rostros ideales de vírgenes, que bajaban hacia nosotros hendiendo las nubes con sus pies niveos, semejantes a cerradas azucenas.

De pronto paramos; ya no ascendíamos. Como arquillas sobre un mar tranquilo de oro, flotábamos, esperando aquel descendimiento de gloria. Y así debía ser. Nosotros, manchados de culpa, ¿cómo podríamos ni aún vislumbrar el *Janua Caelis* de los Alcázares de Dios? Era Dios, quien de nuevo descendía hasta el hombre. Y tras de los ángeles, arcángeles y querubenes que se extendían en todas direcciones, trabajaban sobre las nubes en inmensas legiones, las Vírgenes y Santos, radiantes de felicidad, entonando el Gloria. ¡Hossanna al hijo de David!

De improviso cegamos. Nuestros ojos no pudieron resistir luz tan brillante. Algo impuro debió quemarse en ellos para que más tarde, a través de los párpados caídos, pudiéramos entrever, «como cubierta por blancos cendales», la Magestad del que descendía glorioso; del que casi oculto, era luz de la luz.

¡Oh, infinita misericordia! ¿Podríamos resistir sin morir de alegría, mayor aven-

tura que la de haberle entrevisto? ¡Oh, justicia! ¿Cabría mayor castigo que el dejar de verle? Y le veíamos, sí, bajo un dosel inmenso en el que se daban cita los más hermosos luminaires de aquellos cielos que dejaron sus órbitas para coronar al Altísimo. Lo veíamos, «aunque muy lejos», sentado en un trono de nubes nacaradas que soportaban sobre los ebúrneos hombros arcángeles de cara de rosa y ojos de zafiros, y de alas niveas perfiladas de rayos de sol; posados los sacratísimos pies sobre cabezas de querubenes, cuyos cuerpos y alas se sumergían entre las nubes.

Y pudimos ver sin morir de gratitud, las Divinas Llagas, como esplendentes rubíes cegadores, ¡ornato digno de un Dios!, que pudieron borrar los estigmas del pecado.

¿Cómo describir su celestial rostro, que destacaba sobre un deslumbrante sol de fuego, nimbo de la augustísima cabeza? ¿Cómo describir el fulgor de sus pupilas, en las que descifraban nuestros corazones temblantes de amor y de temor, en ambiguo lenguaje, ya la justicia, ya la misericordia? ¿Cómo imaginar siquiera la magnificencia de las regiones celestiales, ni la omnipotencia divina, cuando lo que veíamos nos anonadaba por lo infinitamente grandioso, apesar de no vislumbrar siquiera el *Janua Caeli*, que más alto se escondía a nuestra vista?

Adoramos de rodillas a nuestro Redentor, con las frentes inclinadas, con los ojos cerrados, indignos de mirar frente a frente la soberana magnificencia.

Y yo, acaso por privilegio, osé levantar la cabeza y dirigir mi vista en torno de la inmensa Majestad. A una ligera señal de la Divina mano, cristalizó por modo milagroso bajo nuestras plantas, como un campo firme, cubierto de raras y policromas flores; y hacia la diestra del Juez de los jueces, vi aparecer, «abierta en las alturas», amplia y deslumbrante, una escala bordeada de torrentes de luz, cuyos peldaños guardaban en ambas orillas, parainfos gloriosos, portadores de cimbreantes palmas. ¡Qué rompimiento de gloria aquel que me inspiraba impulsos, «que sólo el temor de Dios resistía», de volar a más excelsas alturas! Aquella águila era la escala Caeli de la mansión in excelsis. ¡Qué ansias de volar! Y sin embargo, sentí mis rodillas clavadas. Nervioso (si nervioso puede estar un espíritu), inquieto, oteando el horizonte, volví mis velados ojos al lado opuesto, hacia la mano opuesta de la visión beatífica. ¡Dios mío! ¿Qué era aquello? ¿Qué ciudad sinuestra se levantaba ante mi espantada vista? Era un extenso, profundo y som-

brío valle: en su fondo alzabase una ciudad asentada sobre inmensos y negrismos nubarrones, y estaba incendiada; sobre sus altísimas torres, semejantes a manojos de rayos cárdenos, temblantes en zig-zag amenazador, planeaban gigantescas aves agoreras, inmensos murciélagos de alas repugnantes, enormes lechuzas de ojos fosforescentes. De las chimeneas fluía expeso y negro humo. Aquella era la ciudad doliente de las eternas llamas abrasadoras que nunca calcinan las almas, que jamás las dan muerte.

¡Misericordia, Dios mío! exclamé; y poniendo mi frente en el suelo florido, dije, llorando: Señor, no me condenéis al fuego eterno, y si vuestra justicia infinita, tiene para mi sentencia tan horrible, permitid que os vea, para que la visión de vuestro rostro endulce mis eternos dolores; aun así me habré salvado condenándome. ¡Insensato!, clamó una voz en mis oídos (sin duda mi propia conciencia), ruegas como un necio; ¿no sabes que la pura presencia del Altísimo en su Gloria, sin cendales que le cubran, da a las almas la plenitud de la felicidad? ¿ignoras que los condenados por la Divina Justicia no sentirán dolor más punzante ni sufrimiento más espantoso e insoportable que la ausencia de Dios? Pides un imposible.

TESTIMONIO AJENO

El diario sindicalista «Solidaridad Obrera», publica estos días un artículo razonando el cambio que ha de producir en la economía el afán de aumentar los jornales para encarecer la vida.

Véase el texto:

«Hay que enseñarle al trabajador que con una peseta más de jornal y una hora menos de trabajo no solucionamos absolutamente nada para el vivir colectivo, puesto que con ello sólo logramos encarecer la vida, hasta el extremo de ser nosotros mismos los que inconscientemente quitamos el derecho a la vida a muchos miles de trabajadores que, ya por su condición intelectual, ya por el poco valor material de su producción, están completamente imposibilitados de nivelar sus jornales a la altura de los nuestros.»

Este artículo ha provocado apasionados comentarios en los Círculos obreros.

Emocionario de un madrileño (ÍNTIMAS)

II.

¿Descansar del viaje? Imposible. Apenas traté de ello, dos nombres venerandos hicieron trabajar mi mente en un mundo de recuerdos: Madrid y Asturias, las dos porciones de España en las que mi vida recibió toda suerte de impresiones, favorables y adversas. Madrid, las de niño; Asturias, las de joven, después las de edad madura. Aquí en este Madrid que siento ahora, placentero, en el alma, nací, me crié, me educé, aprendí a amar a Dios, me entusiasmé en el cariño a la Virgen Santísima que visitaba frecuentemente; pero Asturias no es de mí menos amada; ella es la tierra bendita de mis padres, donde ya reposan esperando el gran día de la resurrección de la carne

y de las completas reivindicaciones. Asturias es la patria chica de mi esposa, de mis hijos y de RELIGION Y PATRIA, con sus quince años de lucha por el bien..

Sí, será lo mejor. En marcha. ¿Que a dónde voy solo por esas calles de Dios? No hay cuidado que me pierda. Puerta del Sol, Calle Mayor, Cuesta de la Vega. ¡Mi barrio! ¿Y la casa en que nací? ¡Jardines todo!... Aquí cuánto tengo jugado a la peonza y al salto, a la taba, a la toña... aquí, aquí mismo... ¡La Virgen, la Virgen de la Almudena!! en su nicho, con los dos farolillos de entonces... Desde mi dormitorio la veía yo iluminada todas las noches... Frente a ella rezábamos en mi casa, ¡allí!, diariamente, el rosario y la víspera de su fiesta qué diversión en estos sitios, y aquel Rosario cantado... la procesión... Madre, Madre mía, ¿te acuerdas de aquel chiquillo que no pasaba una vez sola por aquí que no se descubriera?... ¡Madre, Madre mía, intercede por mis padres, si aun lo necesitan, que me enseñaron a amarte! Madre mía, Patrona mía, este día feliz de hoy te lo he venido implorando desde aquel otro en que, lloroso, vine a visitarte por última vez. «Que no me muera sin volver a verte», ¡y me lo has concedido!

Qué hermoso templo te van a dedicar mis paisanos, pero qué despacio va. Me parece que fué el año 1880 cuando se puso la primera piedra. Pude colarme con los primeros a la fiesta. No van así las demás cosas de la vida... ¿Será, Virgen bendita, falta de fe?...

Permíteme recrearme dentro de tu propia Casa, en tu nueva Parroquia; ahí dentro voy a volver a contemplarte, como en aquellos tiempos y a suplicarte muchas cosas. Anhelaba tanto esta visita!... Treinta y seis años pidiéndotela...

¿Hora y cuarto ante ella? Me ha parecido un minuto. ¡Es tan dulce el coloquio entre un hijo amante y una Madre como Esta! No creais que he rezado mucho, no; me entusiasmaba mirándola y hablándola sólo con el corazón; ella todas nuestras cosas comprende y atiende cuando son para bien del alma.

Me parece que he llorado... que estas lágrimas sirvan de reparación a mis pecados y de sufragio por mis queridos difuntos.

Adiós, Madre mía, hasta luego. Cuantos días esté en Madrid tantos vendré a visitarte, como entonces, sí, como entonces... Cada día te amo más. ¡Me has librado de tantos peligros! ¡Me has concedido tantas cosas!

El viaducto. Tristemente célebre por los muchos infelices que por él se lanzaron a estrellar sus cuerpos en la calle de Segovia y quién sabe si a perder sus almas eternamente. Dios haya tenido piedad de estos desgraciados que pueden haber cometido tan enorme delito en momentos de ofuscación.

No he podido olvidar aun en todos sus detalles uno de estos lamentables sucesos. Iba yo muy tranquilo una mañana al colegio, cuando a pocos pasos de mí, tan pocos que tuve que echarme atrás, cayó sobre la losa con horrible estrépito y tremendo batacazo uno de estos suicidas, quedando tan estropeado de la cara, como que se le saltaron los ojos y dientes y la masa encefálica; ponía espanto mirarle. Por quedarme a oír comentarios y a presenciar todas las operaciones de la Justicia, aquella mañana no fui a clase. Se trataba de un joven de distinguida familia, por quebrantos en el juego.

Capitanía... Mis escaleras de peripecias. Que si a saltarlas de dos en dos, de tres en tres... La Iglesia del Santísimo Sacramento, en la que yo entraba frecuentemente a visitar la Virgen de la Almudena, que por entonces estaba allí colocada, al lado del Evangelio y vestida en otra forma de como hoy la he visto en su Parroquia. Entro, me arrodillo en el mismo sitio que me arrodillaba antes y me abismo en un mundo de recuerdos. Tú, lector, bien puedes darte una idea de todo esto sin que yo te moleste con repeticiones.

En este púlpito, cómo me acuerdo de los sermones de aquel franciscano, R. P. Mollina, cómo atraía a los hombres con sus elocuentes verdades. En ese confesionario... seguramente ese, se confesó muy arrepentido, el día de la fiesta de San Antonio de Padua, uno de los compañeros de milicia de mi padre. Se apellidaba Mariño, era gallego y solía decir hablando de ir a la iglesia: «¿Dan monedas de cinco duros?»... Por curiosidad fué una noche y oyó al franciscano y creyó en las verdades de la Fe.

De esta novena-misión que estoy recordando, guardo yo un santo Cristo de metal, pequeño, a propósito para llevar en el bolsillo, como lo llevo.

Plaza de la Villa, Ayuntamiento, Torre de los Lujanes, en la que según tradición estuvo encerrado el rey de Francia Francisco I.

Por este pasadizo a las Carboneras, iglesia muy conocida mía, pues a ella me llevaba mi madre todas las tardes de Mayo, sin faltar una, a las flores que se celebraban con la solemnidad y variedad que suelen dar a sus funciones aquellas buenas monjitas. Estaba abierto y entré a tomar posesión de *mi puesto* en aquellos años de infancia. ¡Ay! qué agonías pasé una tarde debajo de aquel púlpito, cuando por designación de la suerte en mi Colegio, me tocó echar el ejemplo del día, puesto sobre una mesa. Lo dije todo sin equivocarme; en cuanto a acción y expresión no sé qué tal lo habré hecho, ello fué que yo salí después más ufano que un gran conquistador y dándome aires de *elocuente orador* entre mis compañeros. ¡Qué días tan felices!... si no fuera que las madres nos quitan muchas veces de jugar por ir a la iglesia; mas si entonces esto nos disgusta, oídlo bien, niños del día, hoy cómo lo agradecemos. La cuestión es habituarnos al bien, luego vendrá lo demás. ¡Bendita madre mía, Dios te lo habrá recompensado! Me incomodaba entonces, tú me reñías y obligabas a acompañarte, porque no te gustaba dejarme solo por esas calles. ¡Cómo comprendo ahora lo bien que lo entendías!

¡Señor, que todos los lugares santos que visitando voy y lo que en ellos recuerdo y rezo, sirvan de sufragio y acrecentamiento de gloria para aquellos cristianísimos padres míos que tanto se desvelaron en educarme bien!

Calle de Factor, Iglesia de San Nicolás. ¡La Dolorosa! ¡La Misionera!, la de cara inimitable por lo artística y expresiva. Los domingos por la tarde veníamos aquí a los Ejercicios de los Servitas. Cantaba un coro de niños ciegos. ¡Qué bien lo hacían los pobrecitos! Estos ejercicios alguna vez los perdíamos mi padre y yo por ir de paseo... ¡qué cara ponía mi madre! Pero la prometíamos enmendarnos y todo pasaba. En mi casa nunca había riñas. Reinaba en ella esa paz que Cristo prometió a los que le sirven de buena voluntad. La Dolorosa, fué objeto de mi contemplación con extrema ternura... No puedo decir más. En esta

Iglesia recuerdo también aquellos ejercicios, en Semana Santa, de las Siete Palabras, sobre todo un año que las predicó el elocuentísimo orador sagrado don Antonio García Cano. A las doce en punto se cerraba el templo para que nadie interrumpiese, entrando y saliendo, y se abría después de las tres.

D. Antonio García Cano, D. Sebastian Urra, D. Bernardo Barbajero, el R. Padre Pompilio Díaz... Tanto para mi padre como para mí, estos señores sacerdotes constituían, por su elocuencia, una especie de fuerza magnética que no nos dejaba perder función donde quiera que ellos predicasen. Y qué apuros tiene pasado mi padre en ocasiones al salir de las iglesias completamente atestadas de fieles, temiendo faltar a la lista.

Me parece que se acerca la hora de la comida. D. Fabio debe estar impaciente, creyendome perdido. Lectores carísimos, si ustedes gustan...

J. O. F.

¡RECORDAD!

Cristianos, los que hoy iréis a visitar cementerios, no vayais como el que va a excursiones y paseos, id como se debe ir, con piadosos pensamientos, y, ante las sepulturas, no critiquéis de los muertos, no charléis de cosas vanas, no riáis, que eso es muy feo, es ingrato, es inhumano, impropio de seres buenos. Rezad, rezad con fervor por los que nos precedieron en el camino a la vida de los destinos eternos. «Santo y saludable es este piadoso recuerdo», el mejor para sus almas, no flores y lloriqueos ni cosas de vanidad que distraen el pensamiento.

X.

CHARLA

—¿Qué se cuenta, señor sindicalista?

—Bueno, bueno, no indirecte usted.

—Hombre, no te amosques, ya sabes que hay sindicalistas rojos y sindicalistas blancos...

—Pero como le veo a usted venir y se que usted sabe en los negocios que me han metido...

—Pues entonces juguemos a cartas vistas. ¿Cómo anda ese sindicalismo tuyo?

—Hecho una tragicomedia todo. A mi ya esto de la cuestión social, que no hay tal cuestión, me va resultando cómico-trágico-bufa. La verdad es que hay para reír y para llorar.

—Más para llorar que para reír, porque en fin de cuentas los resultados van a ser desastrosos para la patria y para los individuos.

—Si no viene antes un hombre, entiéndalo bien, UN HOMBRE, no un Boabdil, un Pavía, por ejemplo, que, dando un puntapié a tanta farsa y a tanta sinvergüencería, ponga las cosas en el lugar que no debieran haber abandonado jamás, a fin de que todos pudiéramos vivir honradamente.

—¿Y si ese hombre no viene?

—Entonces pasará lo que en la casa donde por ser los padres unos papanatas se pasan los hijos la vida insultándose y pegándose, que a fin de cuentas esos padrazos se verán envueltos en el lio, llevándose las más gordas. ¡Bien merecido!

—Supongo que el simil irá con los padres de la Patria, que ven a esta en luchas intestinas, en tanto que ellos...

—Están cargados de miedo, sin saber qué hacer.

—Como que no se atreven a pronunciar un «¡basta!» enérgico, por si los esca-bechan.

—Y los de mi bando se ríen de este miedo y hacen en todo lo que se les antoja. Así que yo me río también cuando leo u oigo: «Crisis ministerial», «Cayó el Gobierno», «Salió Juan Lanas y entró el Bobo de Coria». No hay tales cambios de gobierno. Hace ya mucho tiempo que en España no hay más que un gobierno que «ordena y manda»: el mío, el rojo, el sindicalismo rojo. Los demás, pampinas. ¿A quién ve usted castigar de los míos? A nadie. ¿A quién ve usted caer de los otros? A quien pretenda hacerse el guapo.

—Yo leo muchas veces que se han hecho detenciones importantes, que se ha dado con los autores de tal o cual crimen... social...

—Ríase usted como me río yo. Esos lo pasan después muy cómodamente, si no salen convertidos en diputados o en millonarios para tratar de tú a todos los políticos habidos y por haber. ¿Es o no es así?

—Tú sabrás, que andas metido en esos manejos.

—Le advierto que ando no por conveniencia sino por fuerza. De ponerme frente a los rojos, ¿quién me guarda la espalda? Y si me pongo con ellos, ¿quién se atreve conmigo?

—Yo todo este desquiciamiento lo veo como un castigo de Dios.

—Y yo, si nadie me denunciara, le diría que también lo veo así.

—Si todos los buenos se unieran de verdad y con decisión... Va en ello la propia existencia.

—No se forje usted ilusiones. La mayoría reclusa acobardada ante cuatro majos de guardarropía que chillan fuerte. Y luego nos reíamos de aquellos cien gallegos que porque iban solos se dejaron robar de dos perdularios.

—Hay rasgos de verdadero valor cívico.

—Aislados, que valen de poco, y por corto tiempo; enseguida se cansan del esfuerzo al ver que nadie secunda su acción. En cambio los míos... no les amedrentan obstáculos ni se desaniman por cualquier inconveniente; si no ganan hoy, ganarán mañana y por eso vencen, por la perseverancia.

—Y por el terror, a fuerza de sangre.

—Por lo mismo vuelvo a decirle que esto de la cuestión social se ha convertido en tragicomedia.

Quisimos los obreros sacudir la tiranía patronal y hemos caído en la de estos sindicatos rojos, que es mil veces peor todavía. Como que le dicen a uno: ¡o rojo o muerto!, y claro, nosotros, por el afán que tenemos de vivir, aunque la vida es perra, decimos: ¡rojo!, y luego nos dicen: eres rojo y debes ser asesino y... el que no lo quiere ser, si le toca la bola, bien puede ir encomendándose a Dios. Yo recuerdo de un compañero que por no querer arrojar una bomba donde le mandaron consintió que le estallara en el bolsillo y morir...

—Y no hace mucho traían los periódicos de un pobre padre de familia que por no prestarse a ciertos manejos le condenaron a sufrir, arrodillado en plena plaza, los salibazos de todos los socios; sólo con esta condición se le permitió vivir.

—¡Se yo tantas cosas! Al menos los patronos si resultan tiranos con dejarlos estábamos al cabo de la calle, pero a los míos no hay modo; le buscan a usted hasta en lo más oculto del hogar y le secuestran los hijos y acometen a la esposa. Esto es lo trágico, sin que haya autoridades que se atrevan con tanto granuja, que no parece España otra cosa que un presidio suelto después de haber asesinado a los *cabos de vara*.

—Tú razones; es lástima que vivas así.

—Razono, pero en privado; en público hay que barbarizar para que dejen vivir a uno.

—¡Pobre patria mía, pobres obreros!

—Sí, pobres obreros, porque estos en su mayoría no son lo que parecen, sindicalistas rojos, son esclavos de un abuso de autoridad, ya que la autoridad de justicia ha desertado... ¿Me oye alguien?

—No; habla con entera libertad. Aquí eres verdaderamente libre para exponer tu opinión.

—Esas malditas sociedades que nos dominan, en cualquier parte de España que estemos, de lo que menos se ocupan es de nuestra mejora en el trabajo. Obedecen a un plan infernal y caiga el que caiga. Se va derecho a la perdición de los hombres honrados y a la elevación de los criminales y esto está casi conseguido.

Ni aun trabajar aislado en su casa le dejan a usted, aunque viva en ella muy tranquilo y sin meterse con nadie.

Ayer fuimos a decirle a un pobre carpintero que vivía sólo de su trabajo en casa, que o se asociaba o no podía trabajar más. Por toda excusa dijo que era patrono; no le vale, le dijeron; si fuera patrono no trabajaría así. O se asocia o tendrá que sentir. Y se asoció. Un explotado más a razón de 2,40 por semana y las añadiduras, sin pedir revisión de cuentas.

Otro estaba pintando la reja de su casa; nos acercamos a él, mandados por el sindicato, y le dijimos que sin ser asociado no podía seguir en la tarea. Se obstinó en que no se asociaba con nadie, porque estaba aburrido de sociedades... Yo se que el tal, por gritar *viva la libertad del trabajo* está en el hospital.

—Y las autoridades en la higuera.

—Usted que estudió Historia de España, sabrá que hubo un tiempo en que a los gobernantes que no cumplían como buenos se les cortaba la cabeza... Hoy se les da una pensión para que, una vez dejado el cargo, la gocen en paz y en gracia del diablo, ya que a él sirvieron... ¿Me habrá oído alguien?

—No; puedes continuar.

—Si acudiese usted a una de nuestras reuniones vería que todo lo que proponen cuatro... de esos cabecillas de motín se aprueba por unanimidad, no obstante parecer lo propuesto a todos un disparate, una injusticia y un atropello, pero cualquiera se atreve. Se tienen miedo unos a otros. Lo que yo le digo a usted aquí hoy no lo diría en público aunque me pusiesen en cruz.

Todo esto hubiera podido cortarse si aquel patrono además de negar a sus obreros el justo salario no les insultase gastándose los miles de pesetas en *cabarés* con «fulanas» y en salas de juego, y aquel otro no los tuviera esclavizados con poco jornal también y sobradas horas de

trabajo, sólo porque no le pedían justicia a tiros, porque eran de sindicatos pacíficos.

—Verdad es, no te digo lo contrario, pero vosotros para remediar el mal lo hacéis peor; me parece que en lo de franquachelas, juegos y otros escándalos sois dignos émulos de los primeros causantes.

¿Sabes lo que dijo Alberto Lista en su hermosa poesía «La muerte de Jesús»? Oyelo y medita:

«Gemid, hermanos;
Todos en El pusisteis vuestras manos.»

No se falta impunemente a la Ley Santa de Dios, única que proporciona la paz y la justicia deseadas y sin la cual no hay salvación ni para los pueblos ni para los individuos.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sra. D.^a A. A. y A. de la O., de P. de de Lena.—Pagado fin 1920.
Sr. D. L. P.—B. del Valle.—Id. fin de Agosto 1921.

Imp. «La Reconquista» :: S. Bernardo, 99 :: Gijón.


LA SEÑORA
Doña Etelvina La Roza y Alvarez

TERCIARIA FRANCISCANA
descansó en el Señor el 5 de Octubre de 1920
después de recibir los auxilios espirituales y la Bendición de Su Santidad
R. I. P.

Su afligido esposo don Ignacio Soto Martín; sus hijos doña María de la Concepción, doña Manuela, don Ignacio, don José, don Victor Gerardo y don Guillermo; hijos políticos don José Alvarez y Alvarez, doña Luisa Alvarez García y doña María del Rosario González Marinas; hermano don Gerardo; hermanos políticos, nietos, sobrinos, primos, demás parientes, y el Director de *Religión y Patria*.

Ruegan a sus amigos y lectores los sufragios que su caridad les dicte en favor del alma de la finada. Dios Nuestro Señor les premiará el mérito de esta obra de misericordia.

**TEJIDOS EN GENERAL
ALMACENES Y PAÑERÍA**

La casa mejor surtida y la más popular de la provincia.

GIJÓN :: Calle Corrida.

La Sirena

JOVEN instruido, activo e inteligente, con módicas pretensiones, se ofrece para administrar bienes, en esta localidad. Presentará todas las garantías que se exijan.
En esta Administración informarán.

La Rusquella

Adornos para vestidos, lanas, corsés, guantes, perfumería, artículos para bordar, bolsillos, pieles, paraguas y sombrillas :: Nuevo surtido en todos los géneros :: Amabilidad en el trato.
San Bernardo y San Antonio :: GIJÓN C.

Viuda e Hijos de Gregorio Alonso

Grandes almacenes de ferretería, loza y cristal. Especialidad en herrajes para obras y herramientas para minas, ferrocarriles y carreteras.
Solicítense precios—San Bernardo, 59 y 61 :: Teléfono 200 :: GIJÓN C.

Fotografía VILLANUEVA

LA MAS CÓMODA Y ECONOMICA

Corrida, 62, bajo :: GIJÓN.

Doctor EMILIO VILLA

Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN — ESPECIALISTA — Electricidad médica.
Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6.
San Bernardo, 143 :: GIJÓN :: Teléfono: 797

Banco de Castilla

SOCIEDAD ANÓNIMA FUNDADA EN 1857 :: Infantas, 31 :: MADRID
AGENCIA DE GIJÓN: CALLE DE LOS MOROS

Cuentas corrientes :: Giros :: Cobros :: Comisiones :: Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros :: Cartas de crédito :: Descuentos :: Préstamos :: Cuentas corrientes :: :: :: :: :: :: con garantía de valores :: Depósitos, etc. :: :: :: :: :: ::

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde una peseta en adelante, al 3 por 100 de interés anual.

Las Camelias

TEJIDOS :: SASTRERÍA :: San Bernardo y Jovellanos :: GIJÓN

Se reciben constantemente las más ALTAS NOVEDADES en Lanería y Artículos de Fantasía :: Extensas colecciones en Pañería para trajes de Caballero, con garantía de los tintes ::

MAESTRO CORTADOR DE PRIMER ORDEN

ACEBAL, RATO Y COMP.^a
FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor : GIJÓN

Cocinas cerradas, desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok, o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

La Fama Asturiana

Se recomienda por sí solo el chocolate de esta marca. Pídase en todas las tiendas de comestibles.

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA, DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf. 453 :: Gijón

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de curtidos y de latería. Fundición de bronce de todas clases. Calefacciones e instalaciones de riego. Reparaciones de buques y maquinaria en general.

Prensas y mayadoras para manzana.

ULTRAMARINOS FINOS

DE

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31

GIJÓN

TELÉFONO, 312.

FUNERARIA DE
HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

GRANDES ALMACENES
de Vidriería y Fábrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio. Fábrica de ácido fluorhídrico y fluoruro de sodio.

M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 135 :: Teléfono 230

GIJÓN

INDUSTRIAS ZARRACINA

Sociedad Anónima

GRANDES FÁBRICAS

Sidra champagne (la marca más antigua)
Harinas superiores :: Chocolates exquisitos
:: :: Pan superior de todas clases :: ::

Carretera de Villaviciosa :: GIJÓN

Doctor Calisto de Rato y Rocés

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES
:: :: DEL SISTEMA NERVIOSO :: ::

Cuarenta y tres años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde.

CORRIDA, 63. GIJÓN.